

## **NOTICIAS**



UN PUÑADO DE PALABRAS CONTRA EL TIEMPO.  
IN MEMORIAM ANGEL J. CAPPELLETTI

La muerte nos hace mejores a los ojos de los demás. Ésta debe de ser la ley que explica la idealización de los difuntos. Sin embargo, en el caso de Angel J. Cappelletti (fallecido en la ciudad argentina de Rosario, el 24 de noviembre de 1995) es imposible que la muerte me induzca a una idea de su persona mejor de la que ya tenía cuando vivía. Siempre he considerado que su magisterio y la generosa amistad con que me favoreció han sido decisivos para mi formación. Cappelletti encarnaba un *ethos*, cuya vitalidad y positividad impregnaban a todas las almas sensibles que le rodeaban.

Con todo, la posibilidad de idealizar a Cappelletti adquiere mayor relieve con su muerte. Esa posibilidad es un hecho y una tentación, que quiero evitar con todo cuidado. Sucumbir a ella sería traicionar al Maestro. Nietzsche decía, con razón, que ningún personaje importante es un simple asno cargado de virtudes. Si bien éstas predominaban con creces en la personalidad de Cappelletti, sería estúpido e injusto anular la complejidad de su condición humana, con unilateralidades de panegírico póstumo.

Recuerdo a Cappelletti como un ser humano, demasiado humano en su vitalidad y sencillez. Decir que su persona lograba un raro equilibrio entre estoicismo y anarquismo sería una interesante aproximación, aunque por de más parcial. Al socaire de su racionalismo, tenía sobrados motivos para adoptar ambas opciones éticas. Le tocó atestiguar la decadencia cultural y académica de los países del Cono Sur —en especial, Argentina—, al tiempo que las dictaduras que victimaban a este país le impusieron la carga amarga de un exilio de varias décadas (cumplido en Uruguay y, sobre todo, en Venezuela). Tuvo que afrontar la absurda muerte del mayor de sus dos hijos, cuando era todavía adolescente. También hubo de vérselas con tragedias como el brutal asesinato de su íntimo amigo, el escritor argentino Haroldo Conti, a manos de los militares de su país. No es extraño que un profundo conocedor de la cultura clásica greco-romana como

Cappelletti, a quien no le faltaban argumentos para refutar la hipótesis llamada “Dios”, echara mano, al menos parcialmente, de la sapiencia de estoicos, epicúreos, cínicos... Las sabidurías orientales tampoco le eran ajenas. Al contrario, las conocía muy bien, tanto por los libros fundamentales en que se expone como por los viajes que hizo a Asia. De hecho, Cappelletti era el único de mis maestros que reconocía sin ambages el valor de las filosofías de China e India. Sin embargo, sus afinidades electivas, en el terreno teórico, ético y político eran decididamente occidentales, helenísticas.

Acabo de referir el anarquismo de Cappelletti. Era un anarquismo bien asimilado racionalmente, de tintes bastante ortodoxos, aunque abierto a su actualización y, sobre todo, sustentado en la elevada (tal vez exagerada) moralidad de esa ideología. En este punto, recuerdo a Cappelletti como un utopista nato; alguien que sabía perfectamente que la realización de los ideales de esa contradicción conocida como “anarquismo” sólo podría ser obra de santos, o sea, un sujeto social simplemente imposible.

Profundizaré más en esta semblanza de Cappelletti, si recorro al esquema aristotélico de las virtudes morales e intelectuales. De las primeras, ya he adelantado algunas. Agregaría su enorme sensibilidad humana, su sentido de solidaridad, su natural sencillez, la honradez de su trabajo y de sus actos cotidianos. Era increíble ver cómo se daba tiempo para seguir con atención los acontecimientos sociales y políticos más cercanos y lejanos, a la par de que producía una obra inmensa en cantidad y calidad.

Su generosidad a veces se volvía contra sí mismo. Recuerdo algunas de sus imprecaciones porque no encontraba tales o cuales libros imprescindibles para su trabajo, prestados a quién sabe qué alumno suyo. Ya había perdido así bibliotecas enteras, pero el “vicio” de ayudar a los estudiantes era superior a sus fuerzas. En los momentos en que afloraba su insuperable optimismo, su inmarcesible confianza en el género humano, Cappelletti se me figuraba un verdadero niño.

El doctor en filosofía, Angel J. Cappelletti, que había publicado y seguía haciéndolo en las editoriales de mayor prestigio académico, laureado numerosas veces por sus méritos intelectuales, ampliamente reconocido por la comunidad filosófica y filológica internacional... era el mismo que mandaba notas y artículos a los más ínfimos pasquines universitarios o se sentaba a conversar de tú a tú con una ama de casa. Su departamento en Caracas estaba abierto para todo el que tuviera algo interesante que decir, siempre que no fuera a la hora de la infaltable siesta cotidiana o durante la sesión –también diaria– de escritura de sus obras.

La honestidad era para Cappelletti un ideal y una práctica que no admitían fisuras ni medianías. A propósito, mencionaré un caso que servirá de muestra: su actitud ante el encargo de traducir *De rerum natura*, de Lucrecio. Cappelletti tenía la solvencia intelectual para acometer su propia versión del texto, encargada por la editorial Equinoccio, de la Universidad Simón Bolívar. Sin embargo, prefirió rescatar la traslación del venezolano Lisandro Alvarado, sin soslayar la tarea de reforzarla con el correspondiente estudio crítico<sup>1</sup>. Dicha versión de Alvarado data de finales del s. XIX y comienzos del XX, aunque no pudo publicarse completa sino hasta 1950, en una inconseguible edición patrocinada por la gubernatura de la entidad federativa de que había sido originario Alvarado. En gestos como éste (por cierto, muy frecuentes; pues Alvarado no fue el único traductor o erudito resucitado por Cappelletti) se cifra una de tantas deudas que los humanistas de América Latina tenemos con el filósofo argentino. La hermosísima traducción de la magna obra de Lucrecio hecha por Alvarado se habría disuelto en la vaga pero cáustica sustancia del tiempo, si Cappelletti no hubiera procedido a incluir su reimpresión facsimilar, en una edición que también contiene una extensa y rigurosa introducción crítica de su propia autoría.

Ahora bien, con independencia de su bondad y rectitud personales, el Cappelletti que perdurará es el que conocemos por su vasta labor intelectual. En mi humilde criterio, Cappelletti era insuperable en:

- Reconstruir las referencias culturales e históricas que permitieran comprensión en el presente de textos fundamentales de la Antigüedad Clásica, la Edad Media y el Renacimiento.

- Traducirlos de manera tal que las versiones castellanas armonizaran una fidelidad total a los contenidos con la mayor claridad expositiva. Ajena a toda grandilocuencia o barroquismo, la escritura de Cappelletti se distingue por una discreta elegancia puesta al servicio de la corrección en el uso del lenguaje y del rigor hermenéutico.

- Interpretarlos en términos de una reconstrucción de su sentido. Para ello, recurría a una imponente labor filológica que desembocaba en una relación minuciosa de sus antecedentes, así como en la consideración de las lecturas más influyentes y de su pertinencia en la actualidad.

- Descubrir, inventariar, ordenar y ofrecer toda la información accesible sobre el texto del caso. Los aparatos críticos que armó

---

<sup>1</sup> Cfr. Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*, trad. de Lisandro Alvarado, est. prel. de A. J. Cappelletti, Caracas, Equinoccio, Biblioteca de la Antigüedad Clásica, 1982.

Cappelletti, a propósito de sus versiones, son una lección de erudición y agudeza interpretativa y un acto caritativo en favor de los lectores que vivimos poco familiarizados con las raíces clásicas del orden cultural.

Cappelletti ejerció todas estas operaciones con la perspicacia que dan una inteligencia y una sensibilidad fuera de lo común, junto con una perseverancia que sólo podría explicarse en razón de un compromiso irreductible con el saber y la razón (que también es palabra). Hablo de inteligencia y sensibilidad, y con ello refiero una suerte de antídoto contra la estupidez, la injusticia, la arbitrariedad. Las pocas veces que le vi abandonar su continua corrección y contención era porque se topaba con alguna de estas calamidades o con todas ellas juntas, como solía suceder con ciertas acciones o decisiones de los Estados que vigilaba más de cerca: el argentino, el venezolano, el norteamericano, los del desaparecido bloque socialista...

Había una paradoja en Cappelletti: tenía una curiosidad insaciable, es decir, una disposición natural a la perplejidad, al muy filosófico *thauma*, pero nunca fue un filósofo creativo. Toda su energía de descubridor se volcaba en una espléndida actividad hermenéutica. El sabía esto y no estoy seguro de que lo asumiera sin algo de pesar. Lo digo porque alguna vez llegó a confesarme su intención de proponer una ontología propia, antes de abandonar este mundo. Dejaba entrever que su inmensa labor intelectual estaría incompleta, mientras no concretara ese esfuerzo teórico. Nunca tuve noticias ni vi indicios de que lo lograra.

Sin embargo, es obvio que Cappelletti estaba particularmente dotado para el trabajo teórico. Todo su trabajo exegético obedecía a una clara teoría de la interpretación muy bien pensada, que él prefería denominar "culturalista". Formado en la escuela de su dilecto maestro R. Mondolfo, Cappelletti rehusaba todo reduccionismo. Se oponía al criterio unilateral de la lucha de clases como clave para leer una época o un orden discursivo, tanto como a la postura que identificaba como "logística", que pretende explicar la historia del pensamiento por mor del exclusivo desarrollo interno de un haz de doctrinas y tesis o de una escuela o tradición. Un ejemplo para hacerme entender: Cappelletti refuta pseudo-explicaciones como el supuesto "milagro griego". Lo hace recurriendo a argumentos que sólo pueden ser complejos, puesto que dan cuenta de una realidad cultural o ideológica compleja.

En general, toda la labor filológica y hermenéutica de Cappelletti obedecía a ese fundamento teórico, aunque también debo consignar algún caso, más bien aislado, en que se dejó arrastrar por cierta tentación filo-estructuralista. Sus últimas interpretaciones de los diálogos

de Platón caen en mayor medida de lo deseable en esta rigidez. Sospecho que esta deriva en su trabajo se debió a otro de sus afanes virtuosos: la originalidad ante todo. Si no se podía decir nada nuevo sobre un tema dado, lo mejor era callar o rescatar a los mejores antecesores. Ahora bien, debo insistir en que el mejor Cappelletti, el que nos prodiga su genio y sus enormes dotes intelectuales, es el que enrostra sin miedo la riqueza de determinaciones de toda realidad cultural. Para decirlo sin dejar lugar a equívocos: me refiero concretamente al autor de obras como *La filosofía de Heráclito de Efeso* y *La filosofía de Anaxágoras* o de las traducciones de los fragmentos de Heráclito y de la *Poética* de Aristóteles<sup>2</sup>, auténticas lecciones de exégesis rigurosa. No es exagerado decir que trabajos como los que acabo de mencionar constituyen un hito en la comprensión de Heráclito, Anaxágoras y cierto Aristóteles, en el orbe intelectual que habla y escribe en español.

A fin de cuentas, Cappelletti eligió ser un hombre anacrónico. Esta frase no es un insulto. Sus actitudes y proceder se asemejaban a los de un hombre del Renacimiento y distaban mucho de los que distinguen al típico profesor universitario de la segunda mitad del s. xx o a cualquier modelo humano predominante en el mundo contemporáneo. La praxis, la vida toda de Cappelletti embonaba sólo con una minoría de hombres y mujeres honrados, casados con valores hoy día (tal vez siempre) minoritarios: la lucidez, la alta cultura, el amor al saber y a la sabiduría, el *otium cum dignitate*, la filía y el Eros en sus sentidos clásicos, la tolerancia, la justicia, el compromiso moral con la vida de la polis, etc. Su sólido conocimiento de las culturas y civilizaciones que sustentan nuestra tradición cultural le permitió mantenerse en esa trinchera, de un modo que pocos comprenderían hoy día. Curiosamente, también le sirvió al mismo fin su acercamiento frecuente a las formas de vida de las comunidades humanas más "primitivas". Lejos de actuar como el simple erudito al que sólo interesan ciertas minucias y la comodidad de su torre de marfil, Cappelletti apostó siempre por una vida mejor en este mundo, sin dejarse engañar por los espejismos de un progresismo liberal-capitalista ni de los milenaris-

---

<sup>2</sup> He aquí las referencias bibliográficas de estas obras: A. J. Cappelletti, *La filosofía de Heráclito de Efeso*, Caracas, Monte Ávila, 1969; A. J. Cappelletti, *Los fragmentos de Heráclito de Efeso*, Caracas, Tiempo Nuevo, 1972 (la versión cappellettiana de los fragmentos de Heráclito, de por sí interesante, viene acompañada de un completo inventario de la doxografía sobre la obra del filósofo efesio); A. J. Cappelletti, *La filosofía de Anaxágoras*, Caracas, Sociedad Venezolana de Filosofía, 1984; Aristóteles, *Poética*, int., trad. del griego y notas de A. J. Cappelletti, Caracas, Monte Ávila, 1991.

mos totalitarios. En el fondo, el Cappelletti más auténtico era un gran solitario. Algo que, en realidad, le tenía sin el menor cuidado, porque respondía –y lo sabía bien– a una sólida autonomía moral.

Josu LANDA